



El psicoanálisis moderno, ¿una antipsiquiatría?*

Philippe Pignarre

Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu-Castaño
Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia
lapalau@gmail.com

Se lo ve, el sujeto con interioridad sirve de pendiente de chimenea a los objetos con exterioridad. Para hacer el vínculo, se inventará luego la noción de representación. Gracias a ella, el sujeto con interioridad se pone a proyectar en la “realidad exterior” sus propios códigos, los cuales le vendrían de otra parte, por un encadenamiento causal del más bello efecto, de las estructuras de la lengua, del inconsciente, del cerebro, de la historia, de la sociedad. Esta vez sí la confusión es completa.

(Bruno Latour)

La primera cosa que sorprende al observador exterior cuando lee los textos de algunos psicoanalistas lacanianos¹ es su admiración incondicionada por lo que llaman la “psiquiatría clásica”, a tal punto que esto toma la forma de una “antiantipsiquiatría” (de acá en adelante acompañada por iuna forclusión del nombre de Michel Foucault!). Evidentemente, se me podrá reprochar —a todo lo largo de este texto— por haber escogido mis blancos y no haber tenido suficientemente en cuenta la diversidad de las posiciones en el campo psicoanalítico. Es una verdadera dificultad para todos los que están en el exterior: cada vez que usted cita un psicoanalista, no puede olvidar que él solo se representa a sí mismo y que usted estará equivocado por hacer pasar su posición por la de todos sus colegas. ¿Pero, cómo escapar a este problema? Confieso no tener la solución, sino multiplicando (¿no suficientemente?) las precauciones oratorias. Sea lo que sea, si este texto logra atraer la atención de los psicoanalistas sobre la amplitud del desafío que representan los medicamentos psicotrópicos y la

* Cómo citar: Pignarre, P. (2020). El psicoanálisis moderno, ¿una antipsiquiatría? *Ciencias Sociales y Educación*, 9(18), 275-280. <https://doi.org/10.22395/csye.v9n18a13>

Traducción realizada por Luis Alfonso Paláu-Castaño del texto de Pignarre (2008).

Recibido: 10 de abril de 2020.

Aprobado: 21 de agosto de 2020.

¹ Los autores citados en este capítulo trabajan con Jacques-Alain Miller.

necesidad de salir de la vana oposición entre psiquiatría humanista y psiquiatría deshumanizante, habrá alcanzado su objetivo.

Los herederos de Lacan a los que apunto son mucho menos prudentes que su maestro, que en los años setenta no abordaba la cuestión de la relación con la psiquiatría sin recordar lo que Foucault había escrito sobre el particular. En 1970, Lacan sigue haciendo presentación de enfermos el viernes por invitación de Georges Daumézon. Explica que el “único aporte” del psicoanálisis a la semiología psiquiátrica es la “paranoia de autopunición” que él ha reportado en su tesis de 1932. Pero lo que le interesa, entonces, es la reacción del público, que ha hecho un análisis con él, a lo que él dice durante la presentación de pacientes. Esta presencia de un tercero particular es lo que podría singularizar el modo de aproximación del psiquiatra cuando es psicoanalista:

Pero insisto en el hecho de que lo que suma la persona que ha escuchado es algo que me ha parecido muy rico en una especie de posibilidad, de inscripción, de cristalización del orden de la cosa que sería propiamente hablando semiológica.

No he encontrado muchos textos que hayan puesto a trabajar esta concepción. Lo siento. Esto se inscribía claramente en lo que se podía llamar estructuralismo, pero que ya no es admisible hoy entre numerosos psicoanalistas que se han reagrupado por razones oportunistas bajo la bandera del humanismo. Ciertamente, Lacan podía hablar aún de “subvertir” la psiquiatría, esa que sus herederos consideran, de acá en adelante, que es necesario hacer un elogio incondicionado.

Pero comencemos por dar algunos ejemplos de lo que es claro llamar una “anti-antipsiquiatría”. Se la encuentra particularmente en el psicoanalista Pierre Sidon (1998) que escribe:

Luego de *la edad de oro de la psiquiatría clásica* —cuya riqueza nosológica no tenía igual, como tampoco lo tenía su incesante reordenamiento— ¿no es legítimo lamentarse de la inanidad de una clínica hoy unificada en torno a la depresión, continuo vital cuyas variaciones son las más propias a la medida y a la regulación quimioterapéutica? Se habrá pasado así de una clínica que *logra aproximarse lo más cerca posible de la causalidad del fenómeno humano*, a una quimioterapia comportamental cuyos presupuestos organicistas son más conformes con los modelos de la experimentación animal. Pero por este camino, esta larga maduración habría visto nacer el psicoanálisis. (p. 345)

Esto es discutible. Freud no se sitúa en la tradición de la psiquiatría clásica, es decir, del alienismo (que parece interesarle poco), sino más bien en la del magnetismo y de la hipnosis, revisada y corregida por Charcot. Funda lo que los historiadores han llamado una “psiquiatría de ciudades”, que no tiene entonces

gran cosa que ver con la “psiquiatría de los campos”. Esta fórmula hay que tomarla en el sentido preciso del término, puesto que los grandes hospitales psiquiátricos han sido construidos a menudo en el campo con el fin de que los enfermos puedan entregarse a los trabajos rurales.

Jean-Claude Maleval (2000) podría darnos la razón de este entusiasmo tardío. El desvío por la psiquiatría clásica es indispensable si el psicoanálisis quiere extender su dominio de competencia a la psicosis: “Surge entonces la pregunta de saber sobre qué se funda la noción de psicosis; ahora bien, para responder a ella, las descripciones fenomenológicas de la psiquiatría se vuelven *el recurso necesario*” (Maleval, 2000, p. 77).

La psiquiatría clásica es considerada por él como un tesoro: “Desde entonces, de hecho, por intermedio de los textos freudianos, y por la mediación de una práctica de la singularidad, la herencia del *tesoro clínico clásico* recae hoy en los psicoanalistas” (Maleval, 2000, p. 16).

En cuanto a Guy Briole (1998), escribe:

En efecto, incluso desordenado, este movimiento de los significantes del psicoanálisis confería un “*alma*” a la psiquiatría y sostenía su dinamismo creador. Era una apertura a la palabra y a su fuerza subversiva. Pero, al mismo tiempo y principalmente en medio universitario, se organizaban islotes de resistencia a este movimiento. (p. 357)

¿Dinamismo creador? ¿Islotes de resistencia? ¡A estas fórmulas no les falta humor cuando se observa la cartografía de la psiquiatría hoy! Nos podríamos preguntar: ¿De cuál “psiquiatría clásica” se está hablando, esta que es presentada bajo tan bellos triunfos y que tendría incluso la ventaja de estar en perpetua “reorganización”, lo que es simultáneamente presentado como un defecto en el caso del DSM^{2*}? Y en el mismo golpe se ha olvidado la larga degeneración de esta psiquiatría (desde las buenas intenciones de Pinel y de Esquirol) que ya no sabía cómo detener un movimiento de encierro de nuevas poblaciones cada vez mayor, excepto recurriendo a toda una serie de tentativas terapéuticas cada vez más bárbaras, como es el caso de las lobotomías masivamente practicadas en los pacientes “ingobernables” de fines de la Segunda Guerra Mundial hasta 1952. ¿Se pueden separar las prácticas de la psiquiatría clásica de sus teorías y observaciones? Es una apuesta arriesgada.

¿Pero, por qué estos psicoanalistas se presentan como los verdaderos herederos de la psiquiatría clásica? Se podría pensar que hay un poco de oportunismo en esta posición. Se podría tratar de una tentativa de poner la historia de su lado frente a la ola modernizadora, de buscarse aliados en el pasado para oponerse

² Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales.

mejor a los enemigos actuales. Se trata de mostrar que la psiquiatría moderna, que se define como “biológica”, no tiene ninguna relación con la psiquiatría clásica. Sería incluso una traición de ella. Creo que las múltiples referencias hechas de acá en adelante a la “clínica” contra las operaciones estadísticas participan del mismo objetivo. La psiquiatría clásica mítica se vuelve, pues, una línea de defensa frente a la psiquiatría nacida en 1980 con el DSM-III. La batalla histórica solo sería un pretexto, pero ella merece que se la siga pues aclara las ambiciones del psicoanálisis moderno.

¿Cuál sería la gran diferencia entre la psiquiatría moderna y la psiquiatría clásica que le daría al psicoanálisis el privilegio de gestionar, de acá en adelante casi solo, la gloriosa herencia?

La tesis es machacada: la psiquiatría clásica se opondría a la psiquiatría moderna (que llamaremos aquí biopsiquiatría) en que la primera no cometía el error de *confundir los humanos y los animales*. Esto va a constituir un *leitmotiv* de muchos de los textos psicoanalíticos modernos (y permitirá todas las demagogias: ¡cuando menos no somos animales!).

Demos aún aquí algunas referencias. Es un grito de horror el que lanza Guy Briole (1998): “Ella [la biopsiquiatría] reposa sobre el postulado de una continuidad biológica del animal al hombre, itransportable a los comportamientos!” (p. 361).

Las admiraciones reemplazan el razonamiento. La idea de una continuidad animal-hombre parece suscitar un verdadero terror entre algunos psicoanalistas. Igualmente, para Gérard Pommier (2007): “El comportamentalismo querría imponer a los psicoanalistas normas completamente adaptadas a sus ratones de laboratorio” (pp. 33-34).

Esta idea ha estado en la base de todas las alianzas establecidas desde hace dos años contra las otras terapias: comportamentales o medicamentosas, los que las practican solo serían “domadores de osos”, como se lo ha escuchado decir. ¡Cómo si no fuera necesario, sin duda, mucho más que la brutalidad para desempeñar el difícil oficio de domador de osos! La idea de que pueda haber aquí otra cosa distinta del “soma” que constituye una continuidad entre animales y humanos suscita el horror y no merece ser examinada. El discurso de los psicoanalistas se parece, a veces, al de los creacionistas frente a la teoría de la evolución o, por lo menos, se vuelve “creacionista compatible”. Por ejemplo, el “no hay ratones esquizofrénicos” se ha vuelto un *leitmotiv* para condenar las neurociencias. Es una petición de principio que no soporta ser discutida: más

allá de la oposición ciencia/cientismo o humanismo/antihumanismo, ella separa nada menos que civilizados y bárbaros.

Demos un pequeño rodeo que podría darles la razón a los psicoanalistas. Pues ocurre que la manera en que ciertos biólogos presentan sus trabajos aporta agua al molino. Pienso aquí, por ejemplo, en un anuncio publicado en la prensa hace algunos años que explicaba que un equipo de investigadores franceses había logrado, interviniendo en el genoma, crear ratones “esquizofrénicos” porque no se ocupan ya de sus ratoncitos (hubiera sido mucho mejor hablar de ratones iesquizofrenogénicos!). Este anuncio preciso se reveló sin consecuencias, pero, regularmente, informaciones del mismo carácter son difundidas en la prensa con la sempiterna conclusión: “Esto podría abrir la vía a nuevas terapéuticas”. Quizás se hubiera alcanzado el mismo resultado cortándoles los bigotes a los mencionados ratones o, mejor aún, isacándoles los ojos! Pero esto sería menos convincente entre los que distribuyen los presupuestos de investigación. Se toca acá otro problema: la manera en que ciertos equipos de investigadores presentan sus trabajos al “gran público” (y no a sus colegas investigadores).

Sin embargo, el grito del psicoanalista tiene una función distinta a la de oponerse a la tontería de tales declaraciones presuntuosas; tiene por objetivo poner el psicoanálisis en la posición del que protege a la humanidad (contra, eventualmente, ella misma: contra sus malos demonios) en la posición de portavoz autoproclamado por toda la humanidad como cabeza pensante. Los ratones solo son un pretexto.

Las preguntas que le dan ganas a uno de plantearles inmediatamente a los psicoanalistas son las siguientes: ¿Pero qué es lo que usted sabe de ratones como para hablar con tanta propiedad? ¿Cuál de ustedes estudió los ratones y puede hablar de ellos con conocimiento de causa? O mejor aún: ¿qué habéis aprendido de los investigadores que estudian los animales? Parece claro que es solamente para defender la versión psicoanalítica de lo que es un ser humano que se repite sin fin: no hay ratones esquizofrénicos. Nada más es necesario aquí, y no existe el más mínimo interés por los logros de todos los que trabajan con los animales —por ejemplo los etólogos— y que han aprendido a cuestionar todas las diferencias que se creían estables entre humanos y animales³. También se puede pensar que crispase de manera pánica sobre la diferencia entre humanos y animales es una preocupación finalmente bastante bizarra. ¿Por qué no interesarse, más bien, en las aproximaciones —o más exactamente en los modos de aproximación— que, como los humanos, algunos animales también (pero no todos) han aprendido a cultivar? No se puede decir que el psicoanálisis nos ha ayudado mucho. ¿Por qué y cómo los animales se vuelven interesantes para

³ Ver los trabajos de Vinciane Despret, especialmente *Cuando el lobo viva con el cordero* (2002).

grupos humanos particulares? Y entre esos grupos humanos se encontrarán los criadores, pero también los farmacólogos que inventan los medicamentos psicotrópicos. Evidentemente, no se trata aquí de proponer una teoría general de la relación hombre/animal, sino de interesarse en las prácticas de investigadores, extremadamente diversos, que tienen que ver con los animales.

Se verá, a lo largo del camino, que los psicoanalistas no han aprendido nada de las transformaciones considerables que han dado la vuelta a la etología animal. Y que ellos han permanecido igualmente impermeables a ese dominio extraordinariamente rico que es de la sociología de las ciencias (los *science studies*).

Referencias

- Briole, G. (1998). El porvenir de la psiquiatría; el psicoanálisis. En Jacques-Alain Miller (bajo la dirección de). *Le Symptôme-charlatan*. Seuil.
- Despret, V. (2002). *Quand le loup habitera avec l'agneau*. Les empêcheurs de penser en rond.
- Maleval, J. (2000). *La Forclusion du Nom-du-Père. Le concept et sa clinique*. Seuil.
- Pignarre, P. (2008). La psychanalyse moderne, une antipsychiatrie? En Philippe Pignarre, *La cigale lacanienne et la fourmi pharmaceutique* (pp. 3-14). Epel.
- Pommier, G. (2007). À raton, raton et demi! Les conditions d'objectivité d'un fait subjectif. *Journal français de psychiatrie*, (30), 33-34. <https://www.cairn.info/revue-journal-francais-de-psychiatrie-2007-3-page-33.htm>
- Sidon, P. (1998). Nacimiento y vicisitudes del síntoma. En J. A. Miller (Dir.), *Le Symptôme-charlatan*. Seuil.